

DEFENSA NACIONAL Y GUERRA REVOLUCIONARIA

Coronel ALVARO VALENCIA TOVAR



1.— INTRODUCCION.

La Defensa Nacional no es otra cosa que el conjunto de medidas que un Estado adopta para garantizar su existencia y su soberanía. Implica, por una parte, un criterio preventivo y, por otra, un necesario concepto de protección, de cuyo entrelazamiento y equilibrio depende la suerte de los pueblos. Una nación verdaderamente consciente de su defensa, debe mantenerse en un estado de alerta que le permita avizorar los peligros que se ciernen sobre su existencia soberana y anticiparse a ellos en la medida que lo requiera la magnitud de la amenaza.

La idea, demasiado arraigada, de que la Defensa Nacional descansa exclusivamente en los organismos armados, conduce por fuerza a un debilitamiento de la conciencia colectiva de seguridad, primer resquicio por donde pueden penetrar las fuerzas hostiles en las mil formas que hoy amenazan la integridad de los Estados.

En otras ocasiones nos hemos referido a las mutaciones de la guerra moderna, patentes principalmente en una nueva concepción de la estrategia, y en formas más sutiles que la simple fuerza de las armas para lograr los objetivos que en otros tiempos correspondían a los ejércitos. Hoy intentaremos una visión, así sea bre-

ve y somera, de los imperativos delineados para la Defensa Nacional por esa novedosa forma estratégica que ha venido a llamarse la Guerra Revolucionaria.

2.— POLITICA PACIFISTA Y DOCTRINA DE GUERRA OFENSIVA.

Los países respetuosos del derecho ajeno, entre los que hemos acostumbrado a alinear el nuestro con justificado orgullo, se consideran pacifistas. Satisfechos con la heredad histórica, sin ambiciones territoriales que los arrojen fuera de sus propias fronteras en aventuras de conquista, sus pueblos adquieren un sentido de seguridad basado en la reciprocidad a su respeto, lo que no siempre es exacto y tiende a debilitar la capacidad de combate y los propios resortes morales y físicos de defensa.

Si esta circunstancia se evidenció peligrosa en el pasado, y arrojó un número incontable de naciones en las fauces de vecinos ambiciosos, hoy conlleva la certidumbre de la catástrofe. La indefensión es el mejor llamado a la agresión. La debilidad invita al ataque, sin que escrúpulo alguno de orden moral pueda evitarlo. La existencia humana ha sido desde el comienzo de los tiempos una lucha cruenta en la que solamente los fuer-

tes sobreviven, y la ley del individuo es la de la especie. Nada ha cambiado en este pugilato secular. El derecho, tan respetable como aparezca, necesita un adecuado respaldo en la fuerza para hallar la medida exacta de su aplicación.

Dentro de este criterio, la política pacifista del Estado debe tener en su ejército un organismo capaz de defenderla y sustentarla. Es normal que el pensamiento militar tienda a identificarse con el ámbito político que lo rodea, y del cual es instrumento en el orden internacional. Por ende, a la conciencia pacifista del Estado corresponde por lo general un criterio estratégico fundamentalmente defensivo, lo cual no deja de ser un gigantesco error. Con la defensa no se ha ganado guerra alguna de la historia. En el orden pasivo que se identifica con la actitud defensiva, no hay cosa distinta que la sumisión anticipada a la voluntad del adversario, que terminará por imponerse si es lo suficientemente fuerte para lograrlo, y fundamenta su actitud en capacidades reales para llevarla a la práctica hasta obtener la decisión.

En esta forma, la doctrina de guerra debe conservar la independencia necesaria para servir los intereses del Estado y los fines de su alta política, sin perder el sello de originalidad que debe distinguir el pensamiento militar de un verdadero ejército. A la política pacifista de una nación, no debe corresponder por fuerza una doctrina defensiva de su instrumento armado sino, por el contrario, una amplia libertad de criterio para conformar una capacidad ofensiva apta para llevar la guerra al territorio del adversario con la rapidez necesaria para imponer en él la propia voluntad, preservando así el país que se defiende del trágico destino de campo de batalla.

3.— LA GUERRA PREVENTIVA, UN RECURSO HISTORICO.

Aparte de los pueblos bárbaros, para cuyo desborde conquistador jamás existió el concepto de frontera, todas las naciones se han cuidado bien de buscar causas justificativas al acto de agresión. En el fondo, la guerra no ha sido en ninguna época un medio moral de satisfacer la ambición de los gobernantes, ni aún el ansia expansiva de los pueblos. Es demasiado terrible para que a ella se recurra sin un reato de conciencia que la haga necesaria o, al menos justificable.

Esta moral de guerra, así sea acomodaticia a las circunstancias, se ha ido acentuando con los avances del derecho internacional. El juicio de la historia ha sido un fantasma que ni los más inescrupulosos cultores de la guerra se han atrevido a despreciar. Hitler, con su mesiánica capacidad destructora no pudo escapar a este sentido de responsabilidad humana, y para desatar la más gigantesca catástrofe que registran los siglos hubo de buscar pretextos y razones, que lo fueron en un comienzo los errores de Versalles. Cuando no hubo más motivos de reivindicación y se acabaron los campos de batalla cobijables con la bandera de la revancha, se recurrió a la "guerra preventiva".

El golpe a Rusia, aliado de circunstancias que le había ayudado a devorar al Estado polaco, la convirtió en adversario. Rusia, se dijo, preparaba el ataque a Alemania. Su capacidad industrial crecía con rapidez. El Ejército Soviético se agigantaba amenazadoramente. El dispositivo estratégico de Rusia acusaba un centro de gravedad de ominoso desequilibrio hacia adelante, es decir, hacia las fronteras sagradas del ámbito germano.

La propaganda hizo el resto, y la más trágica **guerra preventiva** de la historia rodó sobre la estepa acompa-

sada con el chirrido de acero de las divisiones panzer.

El Japón no tardó en seguir los pasos de Alemania. Pearl Harbor fue el comienzo de otra guerra preventiva, descargada a base de golpes estratégicos de tal magnitud, que con ellos se pretendió abatir los dos colosos anglosajones y definir la contienda a las primeras de cambio.

Tan discutible como pueda ser, la guerra preventiva ha sido un recurso histórico de la defensa nacional, y todo lleva a pensar que no ha perdido su vigencia.

4.—OBJETIVOS NACIONALES Y DEFENSA NACIONAL.

Toda nación bien conformada, dueña de una conciencia clara sobre su destino, debe trazar objetivos a su esfuerzo creador, y hacia su logro debe orientar los esfuerzos continuados de sus gobiernos, con un sentido de perseverancia que sobreviva los avatares políticos de su vida interior y persista inexorablemente a despecho de los obstáculos, más allá del tiempo, eslabonando las generaciones.

Tales objetivos significan la vida de la nación y a ellos se liga la suerte del pueblo que es su sustancia primaria. Su transcendencia histórica impone, a la par con la firmeza del paso que lleve hacia su realización, la capacidad defensiva que los ponga a cubierto de toda acechanza hostil, y los proteja contra toda agresión visible o encubierta.

Cuando un país alienta y practica una política pacifista, la definición de sus objetivos nacionales se margina de aspiraciones territoriales y se orienta hacia otros órdenes de su existencia. Pensar que un pueblo sea fuerte y capaz de ocupar un sitio prominente en el concierto de la humanidad, si no se ha trazado a sí mismo una meta, ni ha fijado derroteros que correspondan

a sus aspiraciones colectivas, es poco menos que una insensatez. Y si existen meta y derroteros, debe surgir un sólido criterio de la protección necesaria para el ámbito que ellos requieren en el ejercicio de su función constructiva.

Se establece así la indispensable relación entre la defensa nacional y los objetivos nacionales, quizá más necesaria en nuestros tiempos que nunca antes en el pasado de los pueblos.

Los objetivos nacionales caben dentro del orden material de realizaciones visibles, pero tienen también el hondo sentido intangible de metas espirituales que definen formas de vida y conforman ideales colectivos, que es preciso defender con decisión y energía idénticas a los que habrían de aplicarse a la protección de las fronteras patrias.

5.—PERFILES DE LA ESTRATEGIA CONTEMPORANEA.

El planteamiento es sencillo: la energía nuclear se ha constituido en un arma de poder destructor tan formidable, que ha venido a convertirse en el máximo argumento disuasivo de la guerra en su concepto tradicional.

Los grandes intereses políticos de las naciones que disponen de arsenales atómicos chocan entre sí, amenazando en una u otra parte del globo, demasiado pequeño ya para contener sus tremendas fuerzas explosivas, los **objetivos nacionales** de los Estados antagónicos.

Las anteriores premisas llevan a una conclusión obvia: la guerra sigue siendo un espectro viviente. Pero si el temor a sus consecuencias puede más que el empeño en desatarla, los objetivos habrán de lograrse por otros medios, que, si no pueden ser pacíficos, habrán de revestir la forma de guerra encubierta, para cuyo desarrollo se impone una nueva estrategia,

bien distinta de la que nos habíamos habituado a estudiar dentro de los moldes clásicos.

Aunque desprovista del brillo de las grandes campañas, no deja de ser apasionante esta nueva forma que adquiere la ciencia máxima de los ejércitos. No se trata ya de articular la manobra de grandes masas de hombres y de material hasta buscar en la batalla el acto estratégico que permita imponer la voluntad al adversario. Es algo más profundo y sutil. Se trata ahora de la combinación invisible de presiones psicológicas, del manejo de fuerzas políticas, de la penetración ideológica sobre la mente del hombre, de la capacidad para esgrimir la amenaza combinándola con la persuasión, del arte de minar la estructura interior de los Estados para propiciar su derrumbamiento. De la amalgama científica del insulto y la sonrisa, del desplante violento y amenazante alternado con ofertas de paz.

Guerra psicológica en sus más finas características. Guerra fría. Guerra subversiva. Guerra revolucionaria. Guerra irregular. Conceptos todos cuyas variaciones semánticas no alcanzan a sacar del caldero donde todos producen la ebullición formidable de nuestra edad, nada distinto de la guerra en sí misma, tan brutal como lo ha sido siempre, aunque aplicada hoy de distinta manera, quizá menos impresionante en sus formas visibles, pero también más trágica en sus implicaciones ocultas. La guerra ha dejado de ser la destrucción material significada en la muerte física de millones de hombres sobre un desgarrado campo de batalla o en la visión dantesca de ciudades arrasadas, para convertirse en la muerte moral de las conciencias subyugadas y en la destrucción anímica de pueblos obligados a encajar por la fuerza de un aplastamiento brutal, en moldes que no son los suyos.

6.—VARIACIONES EN EL CONCEPTO DE DEFENSA NACIONAL.

Si el conjunto de medidas que un Estado adopta para garantizar su existencia y su soberanía significó en el pasado la disposición de un ejército regular lo suficientemente fuerte para salvaguardar la integridad territorial del país y la inviolabilidad de sus fronteras, y de un sistema económico e industrial apto para apoyar sus operaciones de guerra, el cuadro ha variado sustancialmente a partir de la II Guerra Mundial.

Las circunstancias descritas a lo largo de los apartes anteriores producen la siguiente síntesis:

—El concepto de Defensa Nacional no es de índole exclusivamente militar. La guerra total sustituyó la lucha de los ejércitos, para comprometer los pueblos bajo formas destructoras o subyugantes.

—La política exterior pacifista no debe engendrar una mentalidad defensiva en los organismos armados ni en los pueblos que los nutren.

—La guerra preventiva ha sido un recurso histórico, dudoso a la luz de la moral universal, pero aplicado repetidas veces con resultados diversos.

—El logro de objetivos nacionales, trazados con alcance suficiente para constituirse en meta durable del Estado y en aspiración colectiva del pueblo, requiere de una Defensa Nacional capaz de garantizarle seguridad y protección.

—La estrategia contemporánea busca por otros medios, lo que secularmente se lograba por conducto de la guerra: dominio territorial, esclavitud de pueblos débiles, esferas de influencia económica. Una ideología política que pretende ser universal, apoyada en medios violentos de coacción mental, en formas de lucha irregular altamente perfeccionadas y en sistemas subversivos en amplísima gama de

matices y recursos, le sirve de instrumento. La agresión abierta tiende a desaparecer o a limitarse y con ella se desvanece la vieja estrategia, en tanto que una nueva, más política que militar, hace su aparición bajo nombres diversos que pueden conjugarse en un término de ominosas resonancias: **Guerra Revolucionaria.**

La consecuencia es obvia: si cambia la estrategia, debe alterarse profundamente el concepto de Defensa Nacional cuyos propósitos sirve. Si la guerra no ha de venir de fuera del recinto patrio sino a desencadenarse dentro de sus propias entrañas, es hacia allá donde conviene aplicar el esfuerzo defensivo. Si la agresión no ha de producirse por el avance de columnas militares sino por el golpe artero de la subversión interior, a prevenirla, o a dominarla si estalla, es a donde debe dirigirse la atención del Estado y la preparación de sus organismos armados.

7. CRITERIO PREVENTIVO DE LA DEFENSA NACIONAL.

Se dijo al comienzo de las presentes reflexiones, que la seguridad del Estado envuelve conceptos de prevención y protección debidamente articulados entre sí. Frente a la guerra revolucionaria, las medidas preventivas son de vital importancia.

Para que una nación pueda ser conquistada desde dentro, se requiere la presencia de factores de descomposición o de agudos contrastes de orden socio económico, explotables para sustentar el fermento revolucionario.

Una sociedad fuerte y bien constituida, en la que las necesidades esenciales del hombre se encuentren satisfechas en la medida de lo posible, no es blanco fácil para el desmoronamiento interno, ni para la demagogia incendiaria. Los países donde hay hambre y necesidad insatisfecha, don-

de grandes masas humanas existen apenas sin posibilidades de vivir, donde la riqueza pasa a ser el privilegio de unos pocos mientras los más se debaten en lucha desigual por una vida dura y difícil, son, en cambio, objetivos de la acción soterrada que busca lanzar unas capas sociales contra otras explotando el descontento y la desesperación.

Es fácil advertir, en consecuencia, que el criterio preventivo de la Defensa Nacional estriba en el fortalecimiento de la sociedad y de la estructura interna del Estado. Al igual que el organismo del hombre es fácil pasto de las enfermedades cuando carece de defensas internas y existe debilitamiento corporal, también las naciones pueden ser quebrantadas a base de su misma debilidad interior.

Después de la II Guerra Mundial, fué fácil advertir el auge que en diversos países de Europa tomaron los grupos ideológicos de tendencia internacionalizante. El continente empobrecido y en ruinas, poco tenía que ofrecer en cambio de las espléndidas promesas de una vida mejor bajo la totalitaria imposición del comunismo. Y el hombre común, que todo lo había perdido en el incendio gigantesco, nada tenía que perder. Sin embargo, cuando la rápida recuperación económica de las naciones occidentales de Europa, fue remediando la necesidad individual y aliviando la desesperanza colectiva, la libertad renació como concepto espiritual y como forma de vida, para afianzarse con mayor solidez cuando la Europa libre sobrepasó en bienestar económico y en progreso material a la masa sombría de los pueblos agrupados tras la cortina de hierro.

La lección no puede ser más elocuente. Es preciso suprimir la causa para que cese el efecto.

8.—EL EJERCITO REGULAR ANTE LA GUERRA REVOLUCIONARIA

Como a los demás organismos del Estado, corresponde al Ejército (conjunto de fuerzas militares) una doble misión en este nuevo ámbito creado para la Defensa Nacional: preventivo y represivo.

La misión preventiva adquiere a su vez una doble faz, representada en la participación que puede y debe tomar para contribuir al remedio de los males internos de una sociedad descompensada en muchos aspectos de su organización, por una parte, y por otra en la revisión de doctrinas y sistemas convencionales para prepararse a combatir dentro de conceptos diferentes de lucha armada.

Al ejército de hoy, principalmente si lo es en un país afectado por los graves males que suelen acompañar al subdesarrollo, le corresponde actuar frente a circunstancias bien distintas de aquellas para las cuales ha sido preparado tradicionalmente. Es necesario, pues, conformar su mentalidad a los problemas que habrá de enfrentar en dos órdenes principales:

a) La contención de fenómenos masivos en áreas urbanas, para evitar su desbordamiento hacia el acto violento o su expresión destructora que fácilmente puede virar, alentada por la agitación intencionada, hacia cauces revolucionarios.

b) La lucha irregular, para cuyas formas fluídas poco habrán de servirle sus técnicas convencionales. La guerrilla no es otra cosa que la compensación de la debilidad con métodos aptos para enfrentarse al poder de los ejércitos regulares, luego si éstos persisten en luchar como tales contra las bandas escurridizas que golpean y desaparecen en la profundidad de terrenos inaccesibles, van a hacerles el juego que ellas persiguen, y a fracasar en el largo ejercicio de una guerra dominada por la frustra-

ción, el cansancio, los golpes rápidos que no permiten respuesta, la serie interminable de pequeñas derrotas cuyo conjunto es, al final de la ruta amarga y dura, la derrota total.

En la capacitación del organismo armado para esta doble función residen sus posibilidades de éxito. El ejército puede jugar un papel trascendental en el robustecimiento de las estructuras internas, bien sea al servir de vehículo para la aplicación del esfuerzo estatal en regiones inaccesibles, bien al aplicar sus propios recursos al remedio de los mil problemas que aquejan una sociedad afectada por profundos contrastes e índices culturales y económicos abrumadoramente bajos.

Cuando la función preventiva del Estado no se cumple o es demasiado débil para contrarrestar los factores adversos, el ejército se enfrenta a la segunda de sus dos misiones: reprimir las expresiones de violencia injustificada. Es esta la más difícil y la más dura. La que debe cumplirse con mayor tino, con equilibrio más acabado, con mayor inteligencia, con habilidad y técnica más completas.

Las actuaciones desatinadas, el criterio de que solamente la fuerza es capaz de enfrentar con éxito los brotes violentos, pueden ser tan desastrosos como la debilidad.

Grave responsabilidad la que enfrentan los ejércitos de países agitados por las formas confusas y explosivas de la guerra revolucionaria. Grave y tremenda. Es necesario comprenderla en toda su magnitud, para prepararse larga y profundamente a enfrentarla y cumplirla.

Pero la misma magnitud de esta responsabilidad, determina que ella sobrepase en exceso la esfera necesariamente limitada dentro de la cual operan los organismos armados. Es la nación entera la que debe enfrentar la guerra revolucionaria con

una voluntad firme de evitarla y prevenirla mientras sea posible, o asfixiarla donde llegue a conformarse.

Para lograr este propósito, la nación debe comprender el alcance de los objetivos nacionales y sentirlos como una necesidad vital. Sus capas sociales deben disminuir con espíritu comprensivo las distancias que suelen separarlas, y en ello es indispensable entender que son las más altas las responsables primarias de propiciar el acercamiento, como poseedoras que son de bienes materiales y archivo cultural que lo hacen posible.

El pueblo y el ejército deben adquirir una conciencia ofensiva dentro del campo de la defensa nacional. Ofensiva en el sentido de aniquilar el morbo revolucionario antes de que se propague como infección incurable. Ofensiva, también, con el criterio de eliminar las causas y anticiparse a la revolución con ánimo de reformar cuanto la haga aparecer deseable. La guerra preventiva puede adquirir dentro de esta doctrina, un carácter moral. No se trata ya de aplastar una nación ni un sector de la sociedad, sino de eliminar las causas de un conflicto en germinación, para no tener que enfrentar más tarde sus agobiantes consecuencias.

El país, la sociedad, los sectores económicos más poderosos deben comprender que el Ejército es apenas uno de los factores dentro de esta nueva acepción de la Defensa Nacional. Pero no puede dejársele solo, porque la

lucha que lleva envuelta la supervivencia misma de cuanto esa sociedad significa, no es ya de alcance exclusivamente militar. La guerra revolucionaria no es tan solo una lucha física de fuerzas y de armas, sino un conflicto total en cuya solución deben participar todas las organizaciones e individuos capaces de aportar factores de alivio a los desajustes que la propician, la hacen justificable, y llegan aun a engrandecerla con aureolas de mística heroica.

Una vez más, el destino histórico de las naciones depende de su fortaleza interior para resistir la acometida. De las fuerzas morales que cohesionen la capacidad de lucha de los pueblos para defender el derecho a la vida. Del espíritu de sacrificio y de renunciamiento de que su sociedad pueda revestirse para propiciar las reformas necesarias en sus estructuras internas, con el dinamismo acelerado de obtener soluciones que no admiten espera.

El dilema es claro y no puede ignorarse; o se le quitan a la lucha revolucionaria sus armas y banderas atendiendo oportunamente y con criterios de amplia justicia social a las necesidades insatisfechas; o se perderá el derecho moral de hacerle frente. Lo que ningún Estado, ni el más formidable ejército a sus órdenes podrán hacer indefinidamente, es aplastar con la fuerza las justas aspiraciones de un pueblo desposeído hacia una vida mejor.

“Lentamente, pero de un modo seguro, comenzamos a comprender que la Guerra de Guerrillas constituye tanto la táctica como la estrategia de toda conquista. Lenta y seguramente comenzamos a comprender que nuestros enemigos rehusan el combate formal y las confrontaciones clásicas, prefiriendo en su lugar, librar conflicto mucho más astuto económico y menos sangriento (para ellos). Un conflicto que estén seguros de ganar”.

William Paul Haiber.